

doba en poblacion y en opulencia. Trescientos mil mahometanos de todas edades y sexos salieron, llevando consigo sus riquezas moviliarias, á buscar un triste asilo en Africa, ó en los Algarbes ó en Granada. Millares de moros eran tambien arrancados de sus hogares, y huian de Valencia lanzados por un edicto del Conquistador, á refugiarse entre sus hermanos de Granada, cuyos muros apenas bastan á contener los dispersos que de las provincias limítrofes se apiñan en su recinto como en un postrer lugar de refugio. Mediaba entonces el siglo XIII.

El reino granadino, especie de retoño que brota del destruido tronco del imperio árabe-africano, es el último resíduo y la última forma de la dominacion mahometana en nuestro suelo.

Aun queda Granada rebosando de habitantes, que bien necesita ser prodigiosamente feraz su campiña para proveer al mantenimiento de tanta muchedumbre. Aun queda su soberbia Alhambra, deliciosa mansion de reyes, donde tremola todavía y se ostenta con orgullo la enseña del Profeta. Y se ostentará por espacio de mas de dos siglos. ¿Cómo tan largo tiempo se sostiene ese pequeño reino, reducido al estrecho recinto de una sola provincia de España, contra príncipes tan poderosos como eran ya los de Aragon y de Castilla?

Mucho hace la benéfica y sábia administracion de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que habia

sido y auxiliador en sus empresas. Es que tambien mientras la poblacion musulmica se concentraba y se fortalecia en Granada, los sucesores de Jaime y de Fernando, como si se olvidáran de que aun habia moros en territorio español, se gastan en empresas estereiores, mezclados y enredados en los negocios generales de Europa. Halagan al de Aragon las adquisiciones de Sicilia, que le traen largas luchas con Roma y con la Francia. Preocupaban al castellano sus pretensiones á la corona imperial de Alemania, y faltó poco para que España pagára á caro precio las distracciones de sus príncipes, cuando ausentes de sus estados se ligó el rey moro de Granada con los Beni-Merines que reinaban en Magreb. Castilla despues de San Fernando hubiera necesitado otro rey conquistador, y tuvo un rey sábio. Pensó en hacer leyes mas que en acabar de expulsar á los moros, y se difirió por dos siglos la reconquista.

Vuelven tambien las discordias intestinas á retrasar mas esta obra laboriosa y lenta. Desde Alfonso el Sábido hasta el Justiciero, no hay mas que eternas conjuras ó menoridades turbulentas, gran calamidad de los estados y desolacion de los imperios, plaga fatal con que mas que otra nacion alguna ha sido castigada la España. Ya era un hijo que se alzaba en armas para arrancar la corona de las sienas de su padre, y que á su vez probaba la pena del talion sufriendo las propias amarguras de sus deudos, tios ó hermanos. Ya eran

los envalentonados nobles de Castilla, los Haros, los Laras ó los infantes de la Cerda, los que traian en agitación dolorosa el estado, pasándose así años y reinados en sangrientas turbaciones, sin que entretanto la guerra contra los moros suministrara á la historia hechos gloriosos que recordar, si por muchos no valiera el rasgo insigne de patriotismo heroico, de abnegacion sublime y de noble grandeza castellana, con que inmortalizó el sitio de Tarifa Alfonso Perez de Guzman el Bueno,

Así trascurre un siglo, hasta que al mediar el XIV vuelve á resucitar delante de Algeciras el antiguo brío castellano con el undécimo Alfonso, el último de esos Alfonsos, nombre de glorias para España, donde dejaron perdurable memoria de peclaros hechos, y que fueron como los Césares y los Abderrahmanes de la restauracion. Unido va al nombre de Alfonso XI. el glorioso recuerdo de la memorable victoria de el Salado, donde como en las Navas parece deber reconocerse una proteccion superior, pues no pudiera de otro modo haber llegado el número de cadáveres musulmanes á la prodigiosa cifra á que le hacen subir todas las crónicas. Reservada estaba al undécimo Alfonso de Castilla una honra póstuma que dudamos haya alcanzado otro príncipe alguno de la tierra. Sus mismos enemigos vistieron luto al saber su muerte; y cuando el ejército cristiano conducia sus restos mortales á Sevilla, las tropas del rey moro de Granada que le habian com-

batido en el campamento abrieron respetuosamente sus filas para hacer paso al fúnebre convoy.

Pero Granada entretanto se mantiene, y aquel resto de dominacion musulmana se niega á desprenderse del suelo español, á semejanza de aquellos mariscos que viven y crecen encerrados en la estrechez de una concha, en tal manera á la roca adheridos, que ni el furor de los vientos, ni el azote de las olas son poderosos á despegarlos. Su fortuna le depara otro soberano tan sábio y prudente como Ben-Alamar, y á su benéfica sombra florece el diminuto y exíguo reino. La ciudad de las manufacturas y de los bellos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y del placer. El tráfico mercantil atrae á los negociantes de lejanas regiones; las fiestas y los torneos la hacen el punto de reunion de los mas apuestos caballeros de las vecinas naciones, musulmanes y cristianos. Pero no tardará la ciudad poética en experimentar tambien los estragos de la discordia civil, y las lanzas que ahora en alegres justas se ejercitan se clavarán luego en los pechos fraternales con desapiadado y bárbaro furor.

En Castilla sucede ya esto otra vez. La sangre riega sus campos y colorea sus ciudades. Apenas hay familia noble ó persona ilustre que no la vierta peleando en favor del monarca legítimo ó del hermano bastardo. La que no se derrama en los combates la hace saltar el puñal, ó asestado por la mano de un

príncipe que le maneja en lugar de cetro, ó por la de sus terribles maceros, ó por la de sus consejeros mas íntimos y allegados: y la que el puñal perdona va á salpicar las tablas del patíbulo, erigido y aparejado á todas horas por un soberano irascible, impetuoso y arrebatado, á las veces justiciero, cruel y sanguinario siempre. La suya propia tiñe las manos fraternales, y el hermano que le arranca la vida se ciñe su corona.

Los pueblos, fatigados de tanta tragedia, se felicitan al pronto de haber cambiado las crueldades del monarca legítimo por las larguezas del bastardo dádivo. Pronto conocieron cuán poco habian ganado con el ensalzamiento de la nueva dinastía. En poco mas de un siglo que ocupó el trono de Castilla la línea varonil de la familia de los Trastamaras, vióse á aquellos príncipes ir degenerando desde la energía hasta el apocamiento, y desde la audacia hasta la pusilanimidad. El prestigio de la magestad desciende hasta el menosprecio y el vilipendio, y la arrogancia de la nobleza sube hasta la insolencia y el desacato. La licencia invade el hogar doméstico, la córte se convierte en lupanar, y el régio tálamo se mancillaba de impureza, ó por lo menos se cuestionaba de público la legitimidad de la sucesion. La justicia y la fé pública gemian bajo la violacion y el escarnio. La opulencia de los grandes ó el boato de un valido insultaban la miseria del pueblo y escarnecian las escaseces del que aun conservaba el nombre de soberano. Mientras los

nobles devoraban tesoros en opíparos banquetes, Enrique III, encontraba exhausto su palacio y sus arcas, y su despensero no hallaba quien quisiera fiarle. Juan II. procuraba olvidar entre los placeres de las musas las calamidades del reino, y se entretenia con la *Querella de amor*, ó con los versos del *Laberinto*, teniendo siempre sobre la mesa las poesías de sus cortesanos al lado del libro de las oraciones. Este príncipe tuvo la candidez de confesar en el lecho mortuario, que hubiera valido mas para fraile del Abrojo que para rey de Castilla. Los bienes de la corona se disipaban en personales placeres, ó se dispendiaban en mercedes prodigadas para granjearse la adhesion de un partido que sostuviera el vacilante trono.

No habia sido mucho mas feliz Aragon con la dinastía de Trastamara, que tambien fué llamada á ocupar el trono de aquel reino. Allí otro Juan II, monarca duro y padre desamorado, traía desasosegada y en combustion la monarquía. Desheredaba á un hijo, digno por sus prendas de mas amor y de mejor fortuna, y los catalanes irritados contra el desnaturalizado monarca, llamaban á su suelo estrangeras tropas y brindaban con la corona de Cataluña á cualquier príncipe extraño que quisiera aceptarla, antes que obedecer al monarca aragonés. En Navarra la misma fermentacion de partidos, la misma hoguera de discordias, el encarnizamiento no menor.

¿Qué servia que aquejáran ya al pequeño reino

granadino iguales ó parecidas turbaciones que á los estados cristianos? Si allí se derribaban alternativamente los Al-Hayzari, los Al-Zaqui, los Ben-Ismahil y los Abul-Hacen, aquí se destrozaban entre sí los Enríques, los Juanes, los Alfonsos y los Cárlos. Si un caudillo moro invocaba el apoyo de un monarca cristiano para derrocar á un rey de Granada, otro pariente de aquel se aprovechaba del desconcierto y las miserias del reino castellano para destronar á su vez al usurpador y negar el tributo al monarca de Castilla. Así el reducido reino de Granada se mantenía en medio de las convulsiones por la impotencia de los reyes y del pueblo cristiano para arrojar á los infieles de aquel estrecho rincón, afrenta ya y escándalo de España.

La degradación del trono, la impureza de la primanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, llegan al mas alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasajeros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recién desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar á su hermano en el solio. En el campo de Avila se hace un

burlesco y extravagante simulacro de destronamiento: ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, á la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios se entretienen en despojar de las insignias reales la estatua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema, manto y espada, y en poner el pie sobre la imagen misma del que había tenido la imprudente debilidad de colmarlos de mercedes.

Había llegado, pues, esta nación á uno de los casos y situaciones extremas, en que no queda á los imperios sino la alternativa entre una nueva dominación extraña, ó la disolución interior del cuerpo social. A no ser que se levante uno de aquellos genios privilegiados que tienen la fuerza y el don de resucitar un estado cadavérico, y de infundirle nueva vitalidad y sensatez: uno de esos genios extraordinarios que contadas veces en el trascurso de los tiempos son enviados de lo alto á la humanidad. Vendrá este genio vivificador, porque lo merece una perseverancia de cerca de ochocientos años puesta á tan rudas y dolorosas pruebas.